

tenia algo de nobleza en su corazon y en consecuencia algunos remordimientos. Pero se contuvo y repitió con voz alterada:

—Me ha entendido vd, caballero? Os he dicho que soy Jorge de Chivry.

—Y yo os contesté, dijo Leonardo Asthon; tanto mejor para vd.

—La cólera de aquel no reconoció ya límites despues de esta respuesta dada en tono tan despreciativo; así es que gritó Jorge con voz estrepitosa:

—Entonces sea, tanto mejor para mí, y tanto peor para vd!

—En ese momento mismo, infirió á Leonardo uno de esos insultos que nada en el mundo puede borrar ni hacer perdonar, ante los cuales toda explicacion es inútil, toda intervencion imposible: le dió una bofetada

Es difícil pintar el tumulto que siguió á esta accion. Todos los agentes de policia se arrojaron á un tiempo sobre Chivry y Leonardo para estorbar una lucha de cuerpo á cuerpo, á la que estos jóvenes bien criados, se habrian quizá dejado arrastrar en el primer impetu de su furia. Sacaron dea llí

á los dos contrarios; pero Felipe, que no habia tomado cartas en el agravio, viéndose libre se aproximó á uno de los jóvenes que habian estado junto á Leonardo y le dijo: quedo:

—A dos pasos de aquí, está el hotel de Francia. El señor Asthon irá pronto á encontrarse con mi hermano Jorge, como lo espero, y en defecto de éste, yo estaré allí.

—Basta, respondió el otro, y ambos se retiraron.

—No habia á la verdad motivo alguno para prolongar la prision de Leonardo Asthon, porque no se le podia acusar de delito alguno, siendo así que él habia sido el insultado; por cuya razon recobró su libertad. El padre de Jorge, valiéndose de la autoridad de su nombre y de su título, consiguió que tambien se dejase salir libre á su hijo un cuarto de hora despues de su rival.

Por otra parte, cuanto mayor habia sido el rigor que manifestó el primer magistrado de la ciudad mientras se figuró que era una contienda política, tanto menos creyó

que debia de tener el curso de tan grave negocio, luego que un anciano tal como Mr. de Chivry, le puso sobre su palabra que solo se trataba de un agravio personal, en que iba envuelta, nada menos, la honra de su familia. La legislacion criminal de hoy tocante á los desafios, aun no existia entonces, y por consiguiente no sugetaba con los lazos de un deber imperioso los sentimientos del honor que son superiores á todas las leyes, los cuales convencian al magistrado que era preciso se vertiese la sangre de aquellos dos hombres.

Así pues, dos amigos de Leonardo se presentaron como á las nueve de la noche en casa de los señores de Chivry, para fijar las condiciones de la lucha. Pero la vista de un anciano á quien por su semejanza se reconocia ser el padre del agresor, los detuvo un instante. No obstante, Mr. de Chivry se les anticipó diciéndoles con frialdad:

—Hablad, señores, hablad; que ya se á lo que venís aquí. Yo seré el padrino de mis hijos.

Semejante declaracion dejó atónitos á los

amigos de Asthon. Desde luego comprendieron que sin duda no era un combate del orden comun aquel á que su padre se asociaba de tal manera, y despues de haberse mirado recíprocamente, el mayor de los dos se acercó diciendo:

—Debeis suponer, señores, que despues de lo ocurrido, solo nos queda el determinar las condiciones del desafio.

—Vengo en ello, respondió Jorge. Si ha de juzgarse por las apariencias, yo fui quien insulté al señor Asthon, y así paso por las condiciones que él me quiera imponer.

—Son las siguientes el: combate será mañana á las seis de la madrugada, tras de Barbin cerca de la Houfsiniere. Se batirán vds. con espada.

—Convenido, estaremos puntuales, dijo Felipe, porque os prevengo que no es un enemigo solo sino dos, con quienes tiene el señor Asthon que combatir.

—Permitan vds. señores, les digamos entonces que esto cambia la cuestion.

—Sin embargo, añadió el mas joven de los padrinos, admito á nombre de Leonardo,

y en caso contrario, admito por mí mismo.

—Eso es inútil, caballero, dijo Jorge: esta es una contienda que solo nos interesa á nosotros y al señor Asthon. Si él me mata, mi hermano ocupará en el acto mi lugar; y si tambien mata á éste.....

Se detuvo ante la idea que su hermano ó su padre llevarian quizá la lucha adelante, y prosiguió:

—Pero espero que Dios nos hará justicia.

El mas jóven de los padrinos se inclinó para retirarse, mas su compañero en quien su mayor edad disminuia el brio de sus resentimientos, se detuvo, y dirigiéndose á Jorge le dijo:

—Señores, la comision que vamos á desempeñar es muy grave. El insulto que mi amigo ha recibido, basta para justificar un combate á muerte; pero no me es posible alejarme sin declarar á vds. que algunas de sus espresiones me hacen creer que habrá algun motivo para que vd. obra así. Sin embargo, os juro por mi honor que Leonardo lo ignora.

—Lo ignora, el infame! gritó Jorge furioso

—O mejor dicho, dijo Mr. de Chivry adelantándose, no ha querido comunicarlo á estos señores. Si algo puede contribuir á hacer menos odiosa la conducta miserable del señor Asthon, os aseguro, caballeros, que solo será su discrecion; no le preguntéis nada pues. La ofensa que ha sufrido es demasiado grande para que deje de estar á cubierto vuestra responsabilidad. Os pido por vuestra honra que no insistais mas.

Sea lo que fuere de esto, cuando regresaron los padrinos al lado de Leonardo, no pudieron menos de repetile lo que se habia tratado sobre aquel particular entre ellos y los señores de Chivry. Pero Asthon rechazo indignado cualesquiera suposicion que pudiese esplicar el insulto que habia sufrido.

—Yo no sé mas, sino que he recibido una bofetada y que es preciso que mate al miserable que me ha insultado.

—Pero tendria alguna razon para ello.

—¡Y que me importa! No lo conozco, ni quiero conocerlo. Aun suponiendo que hubiese deshonrado á su madre ó hermana,

no contestaría á este ultraje sino con un desafío á muerte..... No hablemos pues mas de esto.... y buenas noches.

—Hasta mañana, respondieron los padrinos.

X.

A las seis de la mañana del siguiente dia, estaban ya los rivales en el lugar de la cita. Por un lado Leonardo y sus dos amigos, por el otro Jorge y Felipe con dos oficiales de la guarnicion, compañeros del primero, que iban con él para que fuese igual por ambas partes el número de los padrinos, pues Felipe se presentaba como adversario, y los hijos de M. de Chivry habian conseguido de su padre que no asistiria á esta escena de muerte. Habia permanecido el último dentro de su coche á cierta distancia del campo de la lucha que él no podia ver.

Los preparativos fueron breves. Escogidos ya los lugares y quitadas las levitas, comenzaron Jorge y Asthon un combate, tanto mas terrible cuanto era su calma. Eran dos hombres intrépidos, que resueltos se deseaban recíprocamente la muerte. Por tanto no aventuraron demasiado su destreza como unos desesperados que tienen prisa de acabar, ó como unos colegiales que toman el ardimiento por valor; se midieron primero con frialdad, se atacaron con prudencia y se defendieron con cuidado; unas veces las espadas parecían que volaban y despedían fuego en sus manos, otras se tocaban y buscaban con suavidad; luego, en uno de aquellos momentos en que las estocadas se suceden con tanta rapidez que el ojo mas delicado no podría seguir las, se oyó un grito apagado y cayó Jorge herido en el corazon, sin pronunciar una sola palabra.

Los padrinos de ambos contendientes se precipitaron hácia él, pero los detuvo Felipe con un ademán terrible y silencioso, diciendo luego en voz baja: mi padre está allí!

Recogió la espada que Jorge había deja-

do tirada, y con el mismo sordo acento dijo, dirigiéndose á Asthon.

—Ahora yo, caballero.

Verdaderamente asombrado al ver este encarnizamiento, miró Leonardo á los testigos como para consultarlos; estos iban acaso á interponerse, cuando acercándose Felipe á Leonardo le hirió la cara con el ancho de la espada, diciéndole:

—Repito que ahora sigo yo, caballero!

Este nuevo insulto llenó á Leonardo de una rabia inesplicable, y entonces se trabó una nueva lucha terrible, encarnizada, sin descanso, sin calma, en la que el hierro no buscaba al hierro sino al pecho. Por esta vez corrió la sangre de Asthon por el motivo de que habiendo apartado la vista por un instante de la arma de su contrario, descubrió en el ángulo de un grupo de árboles el rostro pálido y las canas de Mr. de Chivry muy atrás de él un ginete que se acercaba á todo el galope de su caballo. Pero la sola idea de que la intervencion á la llegada de un extraño pudiese quitarle de las manos la vida del hombre que lo había insultado tanto como su hermano, le devolvió

toda su presencia de espíritu, y volvió el combate á empezar con mayor furia, con mayor encarnizamiento. Asthon estaba herido y Felipe lo rechazaba con una rapidez que no le dejaba casi respiro alguno para defenderse. Asthon se desviaba algo para recobrar la ventaja, y cediendo á un movimiento de atracción singular, avanzaba Mr. de Chivry á un paso hácia los combatientes conforme iba retrocediendo el enemigo de su hijo.

De repente dejan de cruzarse las espadas; los dos antagonistas quedan en pié inmóviles y Mr. de Chivry levantó los brazos para invocar al cielo, porque habia adivinado que alguno de ellos acababa de recibir una herida mortal. Y casi en el mismo instante cayó Felipe de toda su altura, gritando:

—¡Padre mio!

Acudió el infeliz anciano con la vista estraviada, con la boca arrojando espuma, pintado el delirio en sus facciones, y levantando del suelo á su vez la espada que habia sido inútil á sus hijos, exclamó:

—Ahora me toca á mí, caballero; ¡á mí! á mí!

En medio de estas repeticiones retrocedia espantado Leonardo al ver esa desesperación y los padrinos de los tres de Chivry contenian á aquel desventurado padre. Pero en el momento en que éste iba á librarse de ellos llegó el ginete que Leonardo habia visto á lo lejos, y apeándose con precipitación del caballo, arrojó una mirada indescribible sobre esta escena aterradora. Arrancó la espada de las manos de Mr. de Chivry y se colocó frente á frente de Leonardo, diciéndole:

—Ahora sigo yo, caballero.

—Quién es vd.? preguntó el mayor de los testigos de Leonardo, poniéndose delante de la espada desenvainada del jóven; ¿quién es vd.?

—El hermano menor de Diana, el último de los tres hijos del conde de Chivry. Soy Marcial de Chivry.

Al oír esta voz, al ver á su último hijo empuñando resueltamente la mortal espada que le habia despojado ya de sus hijos mayores, se arrojó Mr. de Chivry sobre Marcial, y estrechándole en sus brazos le gritó:

—¡Tú no, Marcial! no, te mataria tam-

bien como ha matado á tus hermanos no yo te lo prohibo!

—Luego vd. se batirá, ¡padre mio! preguntó el muchacho.

—Ni uno, ni otro, señores, dijo el mayor de los testigos de Leonardo. Esto encierra un misterio que debemos aclarar.

—Paso! paso! gritaba Marcial entretanto. Y viendo Mr. de Chivry que éste avanzaba hacia Leonardo que permanecía estupefacto y comprendiendo ya á su vez que podia haber alguna equivocacion terrible en este encarnizamiento funesto, asió con violencia del brazo á su hijo diciéndolo con voz solemne.

—Este caballero dice bien; ni tú ni yo, hijo mio; el castigo que necesita ese hombre, es la misma desgracia horrorosa que nos ha ocasionado.

—¿Pero cual es esa desgracia? preguntó Leonardo.

—La deshonra, señor Asthon. La deshonra que acompaña á los infames que seducen niñas inocentes y dan muerte á los hermanos que quieren vengarlas.

Y sin añadir una palabra mas, se retiró

Mr. Chivry señalando con el dedo los dos cadáveres de sus hijos á sus padrinos, como dándoles á entender que se hiciesen cargo de ellos. Por lo que toca á Leonardo, se habia quedado inmóble al oír estas palabras del señor de Chivry, y uniendo esta voz de Diana, pronunciada por Marcial con la de “jóven seducida,” repitió tristemente.

—Teneis razon, aquí debe haber un terrible misterio.

XI.

Ahora es preciso explicar la causa de haberse trasladado Marcial al sitio de la lucha.

Como se dijo mas arriba, Marcial habia salido para Chateauron inmediatamente despues de la partida de su padre para Nantes. Habiéndole seguido de posta en posta se convenció del todo que Mr. de Chivry le ocultaba el objeto de su viaje, pues supo en Orleans no solamente que la silla correo que le precedia no se habia detenido en dicha ciudad, sino que tampoco ha-

bia tomado el camino del departamento del Indra. Si hubiese querido Marcial, le habria sido fácil seguir á su padre y llegar con él casi al mismo tiempo al punto donde se dirigia; pero con esto desobedecia á su padre de un modo demasiado sério y probablemente seria inútil.

Por otra parte, cuando Marcial se resignó á no saber nada acerca de los proyectos de su padre y hermanos, y se contentó con asegurarse de que Mr. de Chivry no se trasladaba á Chateauron, y ase habia fijado en la determinacion de volver á reunirse con su hermana. Marcial estaba dotado de esa voluntad extraordinaria que nada es capaz de desviar del camino que una vez se ha trazado, á pesar de los obstáculos ó de esperanzas mejores que puedan presentársele en su marcha.

Obrando de está manera se desprecian á veces las felices casualidades que podrian conducir á uno mas pronto al objeto á que se dirige; pero por otra parte se evita el dejarse llevar de apariencias alhagüeñas por sendas extraviadas, que alejan á uno de su fin, ya que no para siempre, sí al menos por mu-

cho tiempo. Con tal motivo, luego que Marcial llegó á Orleans, dejó á su padre que continuase su viaje por Blois, y él prosiguió con impaciente rapidez su camino hácia el departamento del Indra.

Era noche ya cuando llegó Marcial al Grandpin, nombre que tenia el castillo de Mr. de Chivry. A semejanza de todas las casas donde falta la vigilancia y la autoridad de una mujer, habia siempre en la de Mr. de Chivry ese desórden entre la servidumbre que encubre bajo las apariencias de un servicio de órden y probidad, y engaña al amo de la casa, que no sabe ó no se digna descender hasta el exámen de ciertos permenores domésticos. Pero desde el instante que se ausentaba el amo, este desórden que habia estado cuidadosamente contenido ante su presencia, se desbordaba sin temor alguno, buscaba sus comodidades, se apoderaba del castillo, y cada uno se ocupaba de todo menos de cumplir con su obligacion.

De aquí resultó que Luciana la criada á quien el señor de Chivry habia confiado el cargo de asistir á Diana, se cansase al cabo

de algunos dias de permanecer continuamente al lado de una pobre niña, que no contestaba á su charla, y tan luego como llegaba la noche avisaba á su jóven ama con bastante grosería que ya era hora de acostarse; la desnudaba, la metia en la cama. Y como la noche no hubiera sido un obstáculo para la ciega en el caso de que le hubiera ocurrido salir de su cuarto, la encerraba Luciana con llave, dejándola presa has la hora que se le antojase volver al dia siguiente.

El señor de Chivry era un hombre de gerarquía demasiado encumbrada, para que sospechase siquiera que semejante cosa pudiese suceder. En las altas clases de la sociedad se vive en tan poco contacto con los criados, que siempre se ignora la inteligencia maligna con que esta rasa envidiosa adivina la desgracia y la discordia, cuando estas reinan en una familia, y la satisfaccion llena de odio con que saca partido de ellas. De veintisirvientes fácilmente se encuentran diez y nueve que frecuentan muy asíduos los vicios del hijo con agravio de su padre, las prodigalidades del marino y los estravíos

de la mujer porque comprenden demasiado bien que poseen los secretos de sus amos, es lo mismo que imponer á estos por medio del temor, una parte de la servidumbre que ellos mismos tienen que sufrir por su propio estado. Así es que la criada que servía á la pobre ciega no se había equivocado acerca de los motivos de la conducta que seguía Mr. de Chivry para con Diana.

La culpa imperdonable de una jóven por la que recibe un trato parecido al de la señorita de Chivry, no es difícil de adivinar; ese delito no puede consistir como entre los jóvenes, en el juego, la disipacion ó la falta de honradez; pues en nuestra sociedad no cometen las mujeres por lo general mas crimen que el del amor. Todos sospechaban, pues, en casa del Conde cuál era el delito de su hija y Luciana se cercioró de ello.

Un dia en que Diana se se había exasperado contra esta especie de reclusion en que se le guardaba de noche, tuvo Luciana la insolencia de replicarle:

—Esto la contraría á vd., no es verdad! Pero si los galanes tienen gana de entrar,

será preciso que se introduzcan por la ventana.

En la edad de Diana, cuando se siente uno privada de toda proteccion, cuando el corazon esta agobiado bajo el peso de una aflixion grande, es imposible que pueda uno levantarse para castigar un trato tan indigno. Diana inclinó pues la cabeza y sufrió tan grosero insulto; cayó mas profundamente que antes en ese abandono de sí misma que casi raya en idiotismo; y Luciana se creyó entonces con suficiente derecho para no manifestar ya el menor cuidado ni el menor respeto á la que carecia de toda energía para exigir la asistencia y la consideracion que le eran debidas.

Mas casualmente sucedió que la misma noche que llegó Marcial al Gradpin, Luciana habia obrado como tenia de costumbre: habia encerrado á su jóven ama en su cuarto y metídose la llave en la faltriquera saliéndose despues fuera del castillo. No bien se apeó Marcial del coche cuando mandó á un criado que lo llevase á la habitacion de Diana. Para oponerse á su deseo, procuraron la principio contentarlo diciéndole que su

hermana estaba ya acostada y que aun el mismo tendria igualmente necesidad de descansar. Marcial halló que era muy singular esta ausencia, mas habiendo insistido le contestaron que en la situacion crítica en que se hallaba la salud de la señorita Diana, podria una llegada tan repentina, un despertamiento sobresaltado, causarle una sensacion peligrosa.

Esta respuesta confirmó á Marcial en las sospechas que tenia, de que alguna desgracia habia sucedido á Diana; no insistió mas, persuadido que debia considerar aquel estado de sensibilidad exaltada sin duda por la desesperacion, y dejó para la mañana siguiente el interrogar á su infeliz hermana sobre el secreto que él queria saber de ella con el fin de protegerla. Se retiró pues á la pieza que le habian dispuesto, y á pocos momentos se quedó solo luchando con las reflexiones mas tristes y las mas funestas suposiciones.

Sin embargo, comenzaba ya el cansancio del camino á vencer su agitacion y el sueño á apoderarse de él, cuando lo sacó de este primer letargo un ruido extraordinario que

habia en el castillo. Marcial salió de su cuarto y se informó de cuál era la causa de ese trastorno.

Fué forzoso entonces decirle la verdad; le confesaron que en el momento de su llegada, estaba ausente Luciana, que la habian mandado llamar á la granja donde les contaba que iba siempre, que ella habia acudido inmediatamente; pero que al entrar en la recámara de su jóven ama, á quien no debia haber dejado sola, habia encontrado desierta la pieza. Algunas sábanas atadas al balcon de la ventana que estaba abierta, probaban en efecto, que Diana á pesar de su ceguera, habia logrado evadirse de su prision. Pero si por una parte el recuerdo de alguna evasion semejante le habia servido para ejecutar su proyecto, era de temerse por otra que este proyecto tuviese mas bien como objeto el suicidio que la fuga, porque Diana habia dejado su ropa en el cuarto.

Las pesquisas que hicieron los criados al principio para encontrarla fueron á medias, pues esperaban ocultarlas á su amo recien llegado; mas desde el momento que supo la